

mano Juan Jacobo era adalid de los imperiales. A fines del año, el cardenal legado procuró, según parece, él mismo, ser relevado del espinoso empleo. El emperador se mostró agradecido: en 1553 Médicis recibió el obispado de Cassano, y tres años después el de Foligno (1).

Entre sus colegas Médicis gozaba de notable crédito y estimación por sus conocimientos de derecho canónico. Con el cardenal Saraceni fué constantemente prefecto de la signatura de gracia, y representó frecuentemente a Púteo en la signatura de justicia. No obstante, no desempeñaba un gran papel en la curia. La opinión pública le contaba entre los cardenales de segundo orden, y el pueblo le llamaba tenazmente «Medichino», como si el famoso nombre de Médicis le viniera grande (2). El cardenal tenía su habitación en el palacio Fieschi; delante de la Puerta de San Pancracio poseía una viña (3). Aquí como allí veía gustoso en derredor suyo a los literatos. En lo político continuaba adicto al partido del emperador, del cual recibía una pensión (4); no obstante, nunca se manifestó intransigente y rígido en este punto, y trataba muy amistosamente asimismo con los partidarios de Francia. Obligarse a un partido no estaba en su índole, como tampoco el proceder imponiéndose o dominando; le gustaba mantener buenas relaciones en todas partes. Los tranquilos tiempos de Julio III respondían mucho a sus inclinaciones (5). Tanto más dolorosamente sintió el tormentoso gobierno de Paulo IV, a cuya elección había contribuido lo mismo que a la elevación de Marcelo II (6).

Desde el punto de vista así eclesiástico, como político, el Papa Carafa pertenecía a una dirección enteramente distinta de la del cardenal Médicis. Aunque éste tomó parte repetidamente en las deliberaciones para la reforma bajo los pontificados de Julio III

(1) V. nuestros datos del vol. XIII, 138; Susta, 32-35. Una porción de cartas de Médicis a Ferrante Gonzaga, sobre la guerra de Parma, pueden verse en Campori, CIII Lettere inedite di sommi pontefici, Módena, 1878, 16 ss.

(2) Cf. Müller, 234 s.; Susta, 35. Susta juzga con exactitud la situación real. La anécdota de la predicción del pontificado por el joven Silvio Antoniano (N. Erythraeus, Pinacotheca, 37; cf. Cancellieri, Possessi, 109), con que Ranke (Los Papas, 16, 205) da comienzo a su narración del pontificado de Pío IV, es apropiada para extraviar al lector.

(3) V. nuestros datos de vol. XIII, 351 y Susta, 38.

(4) V. los Despachos Venecianos, II, 432.

(5) Cf. Mocénigo, 51 y especialmente Susta, 39.

(6) V. nuestros datos del vol. XIV, 13, 58.

y Marcelo II (1), no obstante, como antiguo curial del tiempo del segundo Papa Médicis, le tocó poco aquella furiosa corriente que imperó con Paulo IV, el celador sin miramientos de la renovación de la Iglesia y violento combatidor de los herejes. Por eso Paulo IV sólo se sirvió de él propiamente para negocios jurídicos (2). Todavía fué mayor su oposición en las opiniones políticas. En este terreno el napolitano fogoso y lleno de fantasía y el sobrio y tranquilo lombardo formaban un irreconciliable contraste.

Esto no se mostró con todo hasta que el horizonte político se oscureció (3). Honra a Médicis el no haber ocultado su parecer y haber desaconsejado con resolución y libertad de ánimo la guerra contra el prepotente imperio español (4). Aun antes de que ésta estallara, el cardenal se hubo de ausentar de Roma. El 8 de noviembre de 1555 murió repentinamente su hermano Juan Jacobo, el cual todavía al fin, en la guerra contra Sena, había mostrado tan gran pericia militar, como cruel dureza y egoísmo (5). Como cabeza de su familia, para poner orden en la herencia, el cardenal se dirigió a principios de diciembre a Milán, donde le retuvieron hasta la primavera de 1556 los asuntos de la sucesión y una enfermedad de gota (6).

(1) V. nuestros datos del vol. XIII, 160; vol. XIV, 40.

(2) Cf. Müller, 235 s. Desde otoño de 1556 fué Médicis miembro de la Inquisición (v. Pastor, Decretos, 20). Sobre los reparos de Médicis contra la política de Paulo IV respecto al modo de celebrar un concilio, v. nuestros datos del vol. XIV, 161.

(3) En favor de las buenas relaciones hablan dos *breves, uno dirigido a Joannes Jacobus marchio Marignani, fechado en 20 de agosto de 1555, y otro a Cosme I, de 22 de agosto de 1555. En este último es acreditado el cardenal Médicis, y en el otro hasta recibe elogio. En éste se dice entre otras cosas: *Cum idem tuus frater propediem Anconam profecturus ad te istuc omnino divertere cogitaret, has ei litteras dedimus, ut eae una cum ipso te nostris verbis salutarent et quasi testes essent tum multorum erga te apud nos officiorum quae is vere fraterna tuaque virtute ac te digna semper praestitit, tum nostrae perpetuae in eum benevolentiae. Arm. 44, t. IV, n. 216, *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. nuestros datos del vol. XIV, 95 s.

(5) Cf. Reumont, Toscana, I, 199 s. La magnífica armadura de Juan Jacobo se halla actualmente en el castillo de Erbach en el Odenwald.

(6) Cf. Sylvain, I, 31; Susta, Pius IV, 47. Además de las *cartas citadas por Susta, que escribió el cardenal desde Milán a C. Carafa y Morone, las cuales están en el *Cod. Barb. LXI, 7 (ahora 5698) y *Vat., 6407 (*Biblioteca Vaticana*), se hallan también en el *Archivo del conde Waldburgo de Hohenems* una serie de *cartas originales del cardenal Médicis a la familia Hohenems,

Vuelto a Roma por abril, como enemigo del partido de la guerra, se vió en una penosa situación, y al fin, verdaderamente peligrosa (1). Pero por otra parte su importancia creció, pues su amigo el duque de Florencia no descuidó el poner convenientemente de realce en la corte de Bruselas los méritos que había adquirido el cardenal Médicis por su oposición a la guerra (2). Las relaciones de Médicis con Paulo IV, que al principio del pontificado habían sido tolerablemente buenas (3), se habían convertido en lo contrario por causa de esta actitud. Aun después de la paz de Cave no se hizo en esto mudanza. El que el decurso de los sucesos hubiera venido a dar la razón al admonitor, no pudo mejorar la disposición de ánimo del terco Carafa. El severo régimen establecido por este Papa, que procedía a las reformas sin consideración alguna, régimen que se manifestó en todo su rigor después de la terminación de la guerra, hizo perder el gusto de permanecer en Roma a los elementos mundanos de la curia. Como muchos otros, así también Médicis dejó la Ciudad Eterna en el verano de 1558. El voluntario destierro que se impuso, no fué, sin embargo, efecto de una abierta desavenencia con Paulo IV, cuyo nepote Carlos Carafa honró todavía en abril al cardenal con una visita; antes bien, Médicis pidió una licencia en toda forma para curar su gota en los baños de Luca, y Paulo IV se la concedió de buena gana otorgándole mil ducados. Los dolores de gota a los cuales no prueba el clima húmedo de Roma, no fueron un mero pretexto. A la verdad, hubo juntamente todavía otros motivos que apremiaban al cardenal a salir de la curia: el severo régimen de la ciudad, luego los asuntos de familia, y finalmente también

que no pertenecen sólo a negocios familiares; así las *cartas de 14, 24 y 25 de enero y de 4 de marzo de 1556.

(1) El 28 de agosto de 1556 hizo el cardenal su *testamento. En él encomienda ante todo su alma a Dios, hace protestación de su fe católica, en la que dice querer morir, y desea un entierro sin pompa; manda que si muere en Roma, se le dé sepultura en San Pedro Montorio, y si en Milán, en el Ospedale maggiore. Este hospital es instituido su heredero universal. Después siguen legados para su hermano Agustín (el castillo Melegnano con su mobiliario), para los Alteps, Borromeis, Serbellonis, su hermana Clara, etc. Una adición de su propio puño lleva la fecha de 13 de septiembre de 1556. — El conocimiento del testamento lo debo al prefecto de la Biblioteca Vaticana, Monseñor Ratti (hoy S. S. Pío XI).

(2) Cf. Susta, Pius IV, 48, 58, 62. Sobre la oposición de Médicis v. nuestros datos del vol. XIV, 121 y 297.

(3) V. Susta, 47.

planes ambiciosos que quería tratar personalmente con su favorecedor Cosme I (1).

Cuando Médicis salió de Roma el 13 de junio de 1558, se dirigió primero a su obispado de Foligno (2). A mediados de julio llegó a Florencia. Las conferencias con Cosme I se refirieron al próximo conclave. No obstante, al duque de Florencia no podía parecer el cardenal Médicis candidato a propósito para la tiara, hasta después que hubiese muerto el inquieto y aventurero hermano de éste (3). Antes, Cosme había tenido sólo una platónica amistad con Médicis y refrenado su ambición. Esto se cambió con la muerte de Juan Jacobo. Desde 1556 Cosme I ideó seriamente el proponer al cardenal como candidato a la triple corona, con la esperanza de obtener en él un instrumento dócil para conseguir sus ambiciosos proyectos, su elevación a la dignidad de rey de Toscana (4). En la entrevista de ambos en julio de 1558 concertáronse todos los pormenores para el caso muy probable de que el decrepito Paulo IV dejara presto esta vida temporal. Esta posibilidad pareció muy próxima por la grave enfermedad en que cayó el Papa Carafa a fines de agosto (5). Médicis, que se hallaba entonces en los baños de Luca, esperaba las noticias de Roma con tanta avidez como su favorecedor. Las tales anunciaron pronto que la férrea naturaleza del Papa había de nuevo salido de aquella crisis. Sólo ahora Médicis, que hasta entonces había permanecido cerca de Cosme, se dirigió a Milán. En una carta al duque de Florencia, de principios de octubre, hacía notar que, para lo futuro, ponía todas sus esperanzas en Su Alteza (6). Éstas no habían de quedar frustradas.

Mientras Cosme I disponía sus preparativos para el próximo conclave, el cardenal Médicis, desde el 18 de octubre de 1558 hasta

(1) Susta (Pius IV, 63 s.) ha sido el primero en corregir las indicaciones falsas y tendenciosas que hace Panvinio en la tercera redacción de su Vita Pii IV (cf. el n.º 38 del apéndice).

(2) Desde allí *escribió el 19 de junio de 1558 a Aníbal de Emps, que tenía intención de ir a los baños de Luca por motivos de salud. *Archivo de Hohenems*.

(3) Por eso cundió el dicho de que Juan Jacobo con su casamiento había hecho obtener a su hermano la púrpura, y con su muerte la tiara. Girol. Soranzo, 71.

(4) Cf. Susta, Pius IV, 64 s.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 193.

(6) Cf. Susta, 67-69.

la muerte de Paulo IV, moró parte en su ciudad natal Milán, parte en las amenas riberas del lago de Como. En Milán se ocupó en la terminación del palacio comenzado por su hermano; juntamente hacía limosnas con grande liberalidad de la rica herencia del difunto (1). Sus obras de caridad también en Roma habían ganado al cardenal los corazones de muchos, y le llamaban padre de los pobres (2).

Que el pueblo romano saludara alegremente la elevación de un varón semejante a la Silla de San Pedro, es comprensible. Excitó la mayor satisfacción el que el nuevo Papa manifestara que quería cuidar de la paz, la justicia y la copiosa importación de vituallas en la Ciudad Eterna, y esto lo confirmó por cuanto ya a fines de diciembre hizo rebajar el precio de los cereales a costa de la Cámara. La oposición en que había estado el cardenal Médicis con Paulo IV, la condición sobria y moderada que siempre había mostrado, hacían esperar un pontificado pacífico, que curaría las heridas que habían producido la guerra y el rigor excesivo de Paulo IV. Esto lo decían también los diplomáticos. Como por la elevación del neutral Médicis ningún partido podía atribuirse la victoria, pero tampoco ninguno había sufrido una completa derrota, los representantes de las grandes potencias rivales estaban sin excepción contentos (3).

(1) Cf. Susta, 95-99; aquí también se hace por primera vez una exacta relación de los esfuerzos de Médicis por obtener el arzobispado de Milán, cuestión que todavía no quedó resuelta a la muerte de Paulo IV. Sobre los cambios de morada del cardenal cf. sus cartas en el *Archivo de Hohenems* (escritas una desde Como el 16 de enero de 1559, y otras dos desde Frascaolo el 8 de febrero y el 22 de marzo).

(2) V. Panvinius, *Vita Pii IV* (primera redacción, ampliada en la segunda; cf. el n.º 30 del apéndice). Su cuidado de los pobres lo mostró también Juan Angel de Médicis siendo Papa, de tan múltiple manera, que se intentó la acuñación de una medalla conmemorativa (Venuti, 115. Bonanni, I, 277). Cf. *Constit. archiconfrat. S. Hieronymi de urbe, Romae*, 1694, 31; Armellini, 75 s.; *Comunicaciones del Instituto Austriaco*, XIV, 577; Lanciani, III, 211. Fracasó ciertamente la tentativa de reprimir la mendicidad por medio de una casa de beneficencia (v. Bonanni, I, 285; Lanciani, *Golden Days*, 99). Sobre el orfanotrofo erigido por Pío IV junto a los SS. Cuatro Coronados, v. *Le cose meravigliose*, 28. Sobre el cuidado del Papa respecto a los hospitales de Roma cf. Forcella, VI, 404, 520; XI, 128. Tampoco olvidó Pío IV a los pobres presos (v. *Constit. archiconfrat. S. Hieronymi*, 9).

(3) V. Dembinski, *Wybór Piusa IV*, 286. Cf. la *relación de Ricasoli, de 26 de diciembre de 1559, *Archivo público de Florencia*, y la del embajador portugués, de 30 de diciembre de 1559, en el *Corpo dipl. Portug.*, VIII, 281; *Canisii Epist.*, III, 567 s. En el * *Avviso di Roma* de 30 de diciembre de 1559 se dice:

El nuevo Papa, aunque había ya pasado de los sesenta, gozaba de tal robustez que se podía esperar un largo pontificado (1). Era de mediana estatura y tenía el color del rostro muy sano. Su cara afable y serena no mostraba vestigio ninguno de la ceñuda seriedad y majestad inaccesible de su predecesor. Su nariz era ligeramente corva, la frente alta, la barba cerrada y corta estaba algo encanecida; los ojos vivos de un color gris azulado, descubrían un temperamento muy sanguíneo. Este se manifestaba aún más claramente en las expresiones vivas, prontas y frecuentemente precipitadas (2), así como en la increíble movilidad de Pío IV. Era característica en él la impaciencia con que, a pesar de toda su afabilidad y bondad, escuchaba las explicaciones de otros, y las interrumpía constantemente con observaciones incidentales. El mismo solía hablar extensamente, muchas veces durante horas enteras; muy lleno de sí, no toleraba opiniones diferentes (3).

S' ha speranza ch' el sarà Pio di fatti come ha assunto il nome. Ha detto di voler pace, giustitia et abundantia (Urb., 1039, p. 112, *Biblioteca Vaticana*). Sobre la alegría del emperador v. *Despachos Venecianos*, III, 131, 133.

(1) Cf. * *Avviso di Roma* de 29 de junio de 1560, Urb., 1039, p. 176^b, *Biblioteca Vaticana*. Sobre el exterior de Pío IV y su carácter cf. Mocénigo, 61 s.; Girol. Soranzo, 72 s.; Giac. Soranzo, 129 s. V. también Massarelli en Merkle, II, 341, y Panvinius, *Vita Pii IV* (últimas redacciones; cf. el n.º 38 del apéndice). De los autores modernos v. Müller, 234 ss., 242; Susta, *Pius IV*, 36 ss.; Curia, I, xxx s. El retrato al óleo de Pío IV, de tamaño natural, que posee la Biblioteca Ambrosiana, está copiado en San Carlo, 34. Otro buen retrato que procede de Hohenems, se halla en el castillo Frischenberg de Bistrau, en Bohemia. El magnífico grabado (de medio cuerpo hacia la derecha) de Ant. Lafrery es reproducción sin duda de un cuadro contemporáneo (cf. Hartig en el *Anuario Histórico*, XXXVIII, 299). Buenas representaciones son también los grabados de H. Cock y F. van Hülsen (los dos de medio cuerpo hacia la derecha, el primero con la tiara), como también los de Nic. v. Aelst y A. Loemans (los cuales representan al Papa sentado hacia la derecha); de estos grabados hay excelentes ejemplares en la Biblioteca vinculada en la familia imperial de Viena. La hermosa medalla del milanés G. A. Rossi está bien reproducida en Müntz, III, 242; y la de L. Leoni, de los primeros años del pontificado, en Plon, *Leoni*, lámina 33, n.º 5; cf. p. 268. Es un exquisito trabajo el busto de Pío IV que está en su sepulcro de Santa María de los Angeles, en Roma. Sobre la estatua de Pío IV, que se halla en la catedral de Milán, obra de Angel de Marinis, v. Calvi, *Fam. Milan.*, IV, tav. 15; Escher, 176; hay también de ella una copia en Ricci, *El arte en la Italia superior*, 198.

(2) Pueden verse ejemplos en Pallavicini, 17, 3, 7; 17, 8, 8 y en Sickel, *Concilio*, 355.

(3) V. Massarelli en Merkle, II, 341. Cómo el Papa interrumpía constantemente a los embajadores, vese claro por la *relación que el embajador de Venecia, venido para prestar obediencia, hizo acerca de su audiencia final, la cual está fechada en Narni a 11 de octubre de 1560, *Biblioteca palatina de*

Como Pío IV propendía a la corpulencia, daba grandísima importancia al movimiento regular y activo; comenzaba y terminaba sus ocupaciones diarias con un largo paseo. Entre todos los Papas, por ventura ninguno fué tan asiduo y diligente andador como él. Generalmente era adverso al tieso ceremonial. Con mucha frecuencia se le veía en las calles de Roma a caballo o a pie casi sin acompañamiento. Rechazaba las reflexiones que se le hacían en razón de su dignidad y su edad. Estaba persuadido de que el movimiento conserva la salud, ahuyenta las enfermedades, y decía que él no quería morir en la cama. Si hoy padecía un acceso de fiebre, ya al día siguiente aparecía de nuevo en sus acostumbrados paseos contra la voluntad de los médicos (1).

Principalmente en los primeros tiempos de su pontificado, Pío IV gustaba de vivir en el palacio de San Marcos o en las magníficas estancias del castillo de Santángelo (2). En julio (3) y otra vez en agosto de 1560 visitó, acompañado de cardenales, embajadores y muchos nobles, el palacio Fieschi, en el cual había residido siendo cardenal. Subiendo y bajando escaleras, iba con los embajadores inspeccionando todas las piezas; al fin subió a la torre del palacio. Siempre en animada conversación con sus acompañantes, mostró tal agilidad que todos se maravillaron. Cuando se le congratuló por su robustez, pues todavía poco antes había estado enfermo, observó: «No, no, no queremos aún morirnos tan pronto». Especialmente le alegró la expresión del embajador veneciano, Mula, de que en la ciudad de las lagunas vivían senadores, que tenían veinte años más que Su Santidad y dirigían no obstante los negocios del Estado con tanta prudencia como energía. El Papa mismo recordó que su predecesor había sido veinte años más viejo que él (4).

El 25 de septiembre de 1560 Pío IV dejó temprano el Palacio de San Marcos y se dirigió, seguido de once cardenales, del

Viena. Caracteriza también este modo de ser de Pío IV la *relación dramática de Mula (cf. el n.º 3 del apéndice), de 24 de septiembre de 1560, *Archivo secreto pontificio*.

(1) V. Girol. Soranzo, 72-73.

(2) Cf. Bondonus, 535; *Avviso di Roma de 4 de mayo de 1560, Urb., 1039, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. *Avviso di Roma de 10 de julio de 1560, Urb., 1039, p. 188, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. la **relación de Mula, de 10 de agosto de 1560, *Biblioteca de la corte de Viena*. Cf. Corpo dipl. Portug., IX, 351.

embajador imperial, el portugués y el veneciano hacia San Andrés, que está delante de la Puerta del Pópolo, donde asistió a la santa misa. Luego visitaron la adyacente Villa Julia. Allí el Papa anduvo acá y allá al sol ardiente sin bastón, conversando con animación con los cardenales; contempló lleno de interés las magníficas fuentes y estatuas antiguas de la Villa, y citó a propósito de ellas versos de poetas latinos. El Papa invitó a su mesa a cinco cardenales y a los tres embajadores, y se entretuvo con ellos hablando principalmente de las antigüedades de Roma. Después de comer la conversación se hizo más seria: versó sobre los asuntos corrientes políticos y eclesiásticos, y duró tanto, que el cardenal Cueva, que padecía de gota, rogó que se le permitiera retirarse. Al fin también el Papa durmió la siesta. Luego visitó, parte a pie y parte a caballo, la parte montañosa de la Villa y regresó al Vaticano por el Ponte Molle. Cuando llegó allá, era de noche. Pero ya a la otra mañana muy temprano de nuevo el Papa fué a dar una vuelta por el Vaticano e inspeccionó los trabajos de construcción que tenía ordenados (1).

También al año siguiente la robustez de Pío IV despertó general admiración. El agente mantuano Francisco Tonina refiere el 29 de marzo de 1561, que el Papa había subido a la cúpula de San Pedro y la había recorrido en derredor, esfuerzo, dice Tonina, que hubiera arredrado a un hombre de veinte años. Pero aquel varón de sesenta y dos años se cansó tan poco por ello, que el mismo día volvió otra vez a la nueva obra de la basílica que le interesaba mucho (2). Siguiendo con el más vivo interés todas sus nuevas construcciones de Roma, se presentaba hoy aquí, mañana allí (3). Las relaciones de los embajadores mantuanos de los años 1561 y 1562, repiten constantemente cuán ágil, robusto y alegre estaba el Papa (4). Solía andar tan de prisa que, como refiere todavía el

(1) Cf. la **carta de Mula, de 26 de septiembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(2) V. más abajo, en el capítulo X, la *relación de Fr. Tonina, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la *relación de Tonina, de 3 de diciembre de 1561, en el n.º 19 del apéndice.

(3) Los enviados florentinos *refieren el 2 de agosto de 1561, que el Papa paseaba tanto, que los nepotes temían por su salud. *Archivo público de Florencia*.

(4) V. las *relaciones de Fr. Tonina, de 23 y 27 de julio y 2 de agosto de 1561, de 4 y 18 de marzo, 2 de abril, 18 de mayo y 31 de octubre de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

año 1563 Jerónimo Soranzo, cansaba a cualquiera por joven que fuese. En la visita de los trabajos del palacio Colonna, en agosto de 1564, aunque tenía sesenta y cinco años, subió hasta el inseguro andamio, sin el menor miedo de las piedras que caían (1).

La gota y el catarro eran los únicos males que afligían a Pío IV. Cuando se veía libre de ellos, se levantaba casi siempre antes de la salida del sol. Tan pronto como se había vestido, daba un largo paseo, durante el cual rezaba su breviario (2). Luego por espacio de dos o tres horas despachaba los negocios más importantes, y después recibía a los embajadores. Cuando había terminado estas ocupaciones, oía el Papa una misa. Si todavía había tiempo, daba audiencia a los cardenales y a otras personas antes de comer. No era en manera alguna adverso a los deleites de la mesa (3), pero la suya no era tan brillante como la de su predecesor, el cual consideraba necesario mostrar los aspectos regios del pontificado hasta en esta materia (4).

En la mesa de Pío IV se ponían principalmente manjares comunes y servían simples ayudas de cámara. También los banquetes oficiales eran sencillos; el Papa quería con esto dar ejemplo a los cardenales y a los prelados. Se reconoce al lombardo en su preferencia por los platos fuertes, principalmente de pastas a la usanza de su país, de los cuales tomaba más cantidad de lo que era conveniente a su salud. Sólo en 1563, después de una larga enfermedad, evitó los manjares y vinos fuertes; limitación que fué muy beneficiosa para su cuerpo. Después de comer dormía una larga siesta, luego rezaba lo demás del breviario y recibía todavía a uno que otro de los cardenales y embajadores. Formaba el fin del día un largo paseo en el Belvedere, que se extendía en invierno hasta el anochecer, y en verano hasta la hora de la cena (5).

(1) V. en el n.º 37 del apéndice la *relación de Fr. Tonina, de 12 de agosto de 1564, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) *Quella mattina, refiere Serristori en 20 de junio de 1561, sulo spuntar del sole trovai S. S. diceva l'offitio nel suo giardino di Monte Cavallo. *Archivo público de Florencia*.

(3) Pío IV comía cinco veces al día; v. la *relación de Fr. Tonina, de 2 de julio de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Después de la enfermedad que tuvo por diciembre de 1563, se le disminuyó el apetito; cf. la *relación de Serristori, de 17 de diciembre de 1563, *Archivo público de Florencia*.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 61 s., 67 s.

(5) Cf. Girol. Soranzo, 73, 77-78; Giac. Soranzo, 129. Sobre el convite modesto para los embajadores venecianos que vinieron a prestar obediencia, v. Albèri, II, 4, 15.

Paulo IV había siempre invitado a sus comidas solamente a los cardenales y prelados de alta posición. Tales dignatarios se veían sólo excepcionalmente en la mesa de Pío IV. A su índole sencilla y apacible correspondía también en la mesa un trato llano y familiar. Con preferencia invitaba a literatos de ingenio agudo y chispeante, pero tampoco desdeñaba divertirse con los chistes y juegos de los bufones de la corte (1). El mismo tenía buena formación literaria y se había interesado siempre por las obras de los poetas e historiadores. Cuando reunía en derredor suyo a los epígonos de los humanistas, mostraba con gusto su excelente memoria, citando páginas enteras de escritores antiguos. También en sus conversaciones con los embajadores el Papa mezclaba a veces un verso de Horacio o traía ejemplos de la Historia (2). Según el juicio docto de Jerónimo Soranzo, dominaba tan bien el idioma latino que sabía expresarse con tanta facilidad como exactitud en los consistorios. Claros y precisos como su estilo son también los trazos de su escritura (3). A la verdad, no escribió otra cosa que noticias de negocios y dictámenes jurídicos. Conocía el derecho canónico tan extensa como profundamente. Estaba también muy familiarizado con todo lo que se refería a la administración y a la hacienda pública. En los asuntos de la curia era maestro, pero la teología científica estaba bastante remota de él, que no había sido sino jurista y funcionario de administración. De esto tenía clara conciencia, y por eso dejaba a la resolución de los especialistas todas las cuestiones que tocaban a este terreno (4). Por su falta de una formación fundamental en teología se explica también su expresión, que siendo cardenal le echaron en cara en el conclave, sobre las concesiones que podían hacerse a los alemanes,

(1) V. Girol. Soranzo, 77. Sobre el bufón de la corte Moretto v. las *relaciones de Tonina, de 4 y 8 de enero de 1561. En la primera de ellas se lee: Principalmente N. S. il primo dell' anno, con tutto che sentisse poco de podagra, diede da magnare la mattina alli parenti, et perchè il Moretto buffone disse et fece de molte cose a quel desinare, che lo fecero smascellare di risa, gli donò cento scudi d' oro, et il s. duca d' Urbino gli ne donò cinquanta, et il card^{le} suo fratello, 30. *Archivo Gonzaga de Mantua*. El banquete en honor de Cosme I, en el cual Pío IV se chanceó muy alegremente con dos enanos, y un favorito de León X cantò certi versi elegi latini sonando poi con la lira, lo describe Tonina en su *relación de 27 de noviembre de 1560.

(2) Pueden verse ejemplos de esto en las *relaciones de Mula, de 24 de septiembre y 26 de octubre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) V. Girol. Soranzo, 74; Susta, Pius IV, 38.

(4) Girol. Soranzo, 74; Giac. Soranzo, 129-130.